

PETRA SANGUINEM

Entre la espesura del bosque, rápidas zancadas rompían el silencio de la mañana. Un bello y esbelto venado huía por la espesura del bosque, desesperado por escapar de su cazador. Unos metros atrás, una sombra lo perseguía velozmente. El ciervo vio por fin unos espinos al frente, vía de escape segura para él. Pero en ese momento, una flecha voló rauda, y se clavó en su cuello, provocándole la muerte al instante. Detrás, la silueta salió de los arbustos con arco en mano. No era una sombra, sino Druso, el mejor guerrero de la Tribu Lobo.

Se dirigió despacio hacia la presa, se agacha ante ella y susurró unas palabras: - Gracias Madre, por este regalo ofrecido. Su muerte no caerá en vano, y su espíritu danzará libre por el Annwn. Madre Terra. – Cogió al venado en brazos y lo llevó hacia la parte más alta de la montaña, siguiendo un viejo camino marcado por sus ancestros.

Su semblante era serio, su melena le caía por los costados del casco y su barba tapaba las gruesas comisuras de sus labios. Su piel, curtida y áspera, presentaba pinturas y trazos realizados con azurita. Cada obra representaba tu tribu y oficio. Vestía una prenda raída por el tiempo y el uso, la cual estaba cubierta por la rústica armadura. De ella colgaban en el cinto la espada, el hacha y un pequeño cuchillo. A la espalda llevaba el escudo y el arco con las flechas. En aquellos oscuros tiempos, donde las legiones campaban a sus anchas, toda protección era poca. Su tribu era una de las últimas que resistían aún al asedio implacable de los romanos. Su hambre de conquista y su vanidad arrasaban cada rincón como las llamas que brotaban a su paso. Dejaban un reguero de oscuridad y sangre por donde ya no crecía la hierba.

Por fin divisó a lo lejos las murallas de su poblado, con la calavera de lobo colgada en la puerta. Se situaba en la cumbre de la Colina Blanca, llamada así por los yacimientos de caliza que allí permanecían desde tiempos inmemorables. Su situación estratégica permitía una magnífica defensa y una vía de escape asegurada por detrás del collado, una auténtica fortaleza.

Al llegar a la puerta, lo recibió el jefe con un gran abrazo y un apretón de manos: - Hombre Viriato, veo que la caza ha sido buena y la marcha tranquila. – dijo al tiempo que lo ayudaba a posar al venado en el suelo. Él, sonriendo le respondió: - Sin duda alguna, Tutatis. -. Hombre de pocas palabras, se despidió y llevó la presa hasta su cabaña, ubicada en la cima del poblado, junto a un viejo roble. Había dejado la leña encendida, y el hogar desprendía calor. Después de entrar, se sentó y desenvainó el cuchillo para separar los cuernos del ciervo y quitarle la piel. A continuación, separó la carne del hueso y apartó lo que no es posible aprovechar, llevándolo después a una zona apartada donde lo comerán los carroñeros. La carne la almacenaba en unas cuevas cercanas con sal.

Al terminar, trepó a la cima del roble, donde tenía construido un avistadero. Desde allí, podía vigilar en busca de amenazas, o simplemente para observar la diversa fauna que habitaba esas tierras. Desde hace unos años, los animales habían ido despoblando los parajes circundantes, acosados por el avance romano y su destrucción del paisaje. Pocos vestigios de vida salvaje quedaban, y la sombra de la conquista se cernía como una realidad aplastante.

En ello pensaba cuando de pronto, divisó a lo lejos una columna de humo que ascendía hasta las nubes. Se le heló la sangre al darse cuenta de que allí se situaba el poblado más cercano, a unos tres kilómetros. Inmediatamente, bajó un salto y dio la voz de alarma para que todo guerrero disponible se preparase. Poco después, unos cien hombres salían en dirección al pueblo con lanzas y escudos en mano. Las mujeres se quedaban para defender el poblado en caso de ataque, pues su arrojo en combate era tan o más fiero aún, y el resto también permaneció allí. Armados pues, los soldados se aproximaron en silencio al fragor de la batalla, cada vez más cercano. De pronto, el silencio se hizo en el valle, y temiéndose lo peor, abandonaron la cautela y se dirigieron corriendo al poblado. Como sospechaban, no quedaba nada en pie. Todo había sido pasto del fuego, y sus gentes yacía la mayoría muertas en el suelo. El resto eran ya prisioneros conducidos hacia el campamento base, *Gehenna*. Lamentados, regresaron a su hogar con el ánimo bajo y en un silencio sepulcral. Cuando llegaron, no hicieron falta palabras para que las

mujeres entendieran el desenlace del apoyo. Abatidos, dejaron las armas y se dirigieron a sus casas para comer. Druso se fue a la suya con la cabeza estallándole.

Estos ataques, cada vez más violentos, se aproximaban a su tribu cada semana que pasaba. Pensar en que algún día tendrían que librar su última batalla, le hacía estremecerse. Toda la destrucción vista se repetiría allí mismo, a sus pies. Estresado, subió a su atalaya y desde allí, observaba en busca de animales que grabar en la pared.

El tiempo pasaba, y los antes días monótonos, se convertían ahora en una ansiedad rutinaria, con constantes noticias de conquista y avance de las legiones. El temor a perder su libertad era una sombra que se cernía en sus cabezas, como una roca pendiente de un hilo. Druso realizaba incursiones diarias de vigilancia, y lo que veía confirmaba los temores. Muerte, destrucción y desolación reinaban en las tierras circundantes. Alguna que otra vez, se topaba con pequeñas tropas a las que se enfrentaba siempre que lo viese posible. Y así los días pasaban, entre el miedo y la rabia.

Hasta que un día, Druso decidió quedarse y mejorar su técnica de lucha en el poblado, además de apoyo como guerrero de defensa. Ya que la batalla era inevitable, mejor prepararse para ella. Fabricaban armas y hacían simulacros de batalla. Entrenaban para mantenerse fuertes y ágiles. También ideaban tácticas de combate, y reforzaron las defensas del poblado. Druso vigilaba cada día, y apenas dormía por la noche. Al terminar el ocaso, apagaban todas las luces para evitar ser vistos, y siempre iban armados por cada rincón del poblado. Recogían provisiones para poder aguantar en caso de que el asedio se alargase. Druso, de vez en cuando, caminaba por el bosque para relajarse y encontrar allí la calma que no se hallaba en la tribu. Aprovechaba para terminar sus estudios de especies animales y comenzar otros. Los observaba y aprendía de ellos. Cuando regresaba al poblado, para distraer a los niños del miedo, les contaba historias y anécdotas de sus viajes por el monte. De esa manera, les entretenía a ellos y sí mismo. Contaba cuentos de osos voladores, lobos vegetarianos o incluso mariposas grandes como caballos. También relataba sus viajes por los campos, sus observaciones y datos curiosos que casi nadie sabía sobre las maravillosas criaturas que poblaban las zonas salvajes.

Transcurrió el tiempo, hasta que la pesadilla tomó forma. Un día, llegó un mensajero. Avisó de que las tropas estaban a dos kilómetros de allí. Alertados, todo hombre diestro en combate se preparó y armó. Los arqueros, camuflados, se dispusieron en los árboles y en torno a la muralla. Los distintos escuadrones se dispusieron para el combate. La batalla tendría lugar en un amplio campo de enfrente, donde los celtas tendrían la ventaja de obligar a los romanos a disponerse en embudo. Al fin, divisaron las tropas a lo lejos. Eran unos 1.500 hombres, mientras que ellos apenas eran 600. Pero debían pelear con valor y arrojo hasta la muerte, pues jamás se rendirían.

Antes de entrar en combate, Tutatis pronunció unas palabras: - Debéis ser valientes, pelead por la tierra en la que nacisteis, vuestras familias y vuestra libertad. Haced que el enemigo tema nuestras armas, y que nuestro recuerdo nunca se pierda. Is e seo a tha sinn beò agus a' sabaid air a shon. ¡Celtas! -. Todos respondieron al unísono: - ¡Au, au, au! -. Momentos después, los dos ejércitos se encontraban, y los romanos comenzaron a disparar flechas. Conocedores de la táctica, los celtas se protegieron tras los escudos. Tras un aullido, rocas enormes bajaron de las laderas, rompiendo las formaciones que los romanos comenzaban a hacer. Después, los celtas embistieron contra ellos, bajando también los de las montañas. Con un grito feroz, ambas armadas colisionaron. Los arqueros celtas disparaban a los romanos desde posiciones indetectables. En el centro de la batalla, Druso peleaba contra dos a la vez. Los celtas demostraban su pericia en combate, sin amedrentarse ante la inferioridad numérica. Celtas y romanos peleaban, unos por salvar su tierra y otros por destruirla. Poco a poco, los romanos les hacían retroceder hasta casi las mismas puertas. Todo parecía perdido, y los arqueros no podían hacer mucho, pues temían dar a uno de sus compañeros. Estaban a punto de atravesar las puertas, cuando un nuevo grito resonó en el valle. Detrás de las murallas, salieron las mujeres, furiosas y dispuestas a llevarse todo por delante. su fama en combate las precedía, y los romanos retrocedieron asustados. Con los ánimos altos de nuevo, los celtas siguieron peleando. Druso no descansaba ni un momento. Combatía serio, y descargaba su furia con cada golpe de espada. Asombraba a los romanos su destreza, y combatían con miedo contra él. Avanzaban grito en boca y furia en mano, y no pararon de luchar hasta que el último romano había caído.

Después comprobaron las bajas. Habían muerto pocos hombres, a los que dieron digna sepultura, quemaron y rezaron. Sabían que no habían ganado la guerra, pero la paz gobernaría de nuevo durante bastante tiempo. Habían salvado su poblado y su gente. Lo celebraron por la noche con un enorme banquete, al que invitaron gente de otras tribus a los que contaron la batalla y les dieron consejos de guerra para poder ganar ellos también la batalla contra la muerte. En medio del banquete, Druso se levantó y salió del poblado a observar la noche, siempre esperando poder ver algún animal nocturno. Velaba por la seguridad de su gran familia allí presente. Y mientras rezaba, observó que los dioses serían benévolos con su petición y les favorecerían, pues vio cómo brotaba sangre, directamente del alma de la roca.

FIN

HUGO GALÁN SÁNCHEZ

IES RÍA DEL CARMEN